UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

EL CANCIONERO POPULAR GALLEGO. (1)

Estos tres tomos de cantares son para mí interesante estudio autopsicográfico del pueblo de Galicia.

Necesariamente, en la obra del poeta culto, del poeta lírico sobre todo, si el sentir y el pensar del pueblo entran como elemento más ó menos importante y hasta esencialísimo, siempre ha de sobreponerse el individuo, la personalidad creadora. El alma colectiva se ve mejor en colecciones cual la que Pérez Ballesteros ha re-

(1) Cancionero popular gallego, y en particular de la provincia de la Coruña, por José Pérez Ballesteros, con un prólogo del ilustre mitógrafo portugués Teóphilo Braga, y concordancias por Antonio Machado y Alvarez. —Madrid, 1886.—3 vol.

cogido con amoroso celo, incansable paciencia, gran inteligencia del asunto, curiosidad de filólogo y método de sabio.

¡Qué instrumento, qué órgano tan rico en registros es el alma de una raza! ¡Cuántas notas, ya graves, ya agudas, hondas y melancólicas, ó jubilosas y vibrantes, brotan de ese maravilloso teclado! Y lo singular es que, escuchando atentamente la sinfonía, no parece que la ejecuta una orquesta, sino un solo instrumento, de variadísimos sones, pero pulsado por una mano sola. ¿A quién no hará meditar tan curioso fenómeno? Hay mayor unidad (dentro de una variedad encantadora) en la poesía del pueblo, que en el conjunto de los versos de ningún poeta reflexivo.

Confieso que me sorprende más esa unidad psíquica, fuerte y misteriosa, que las formas métricas peculiares de los cantares gallegos; por otra parte, mi amigo el insigne portugués Teófilo Braga, en el prólogo del *Cancionero,* las estudia tan detenida y sagazmente como él acostumbra, descubriendo su valor tradicional y comparándolas á las formas conservadas en los antiguos *Cancioneros* luso-galaicos, y me sería difícil añadir cosa que valiese la pena de decirse, después de lo que escribe el autor de la *Historia de la literatura portuguesa.* No por eso transijo con que juzgue que se han modificado

mucho ciertas ideas mías desde el año de 1883, época en que tuve el gusto de departir con él en Lisboa, y de pasada, porque el punto no requiere tocarlo de propósito ni con gran copia de argumentos, repito aquí lo que entonces dije: que no hay *nacionalidades peninsulares,* ni quiera Dios que se sueñe en haberlas, ni permita, si llega este caso inverosímil, que lo vean mis ojos. Ahora añado que la opinión anterior no me impide estimar cumplidamente la genialidad propia y las buenas letras de cada país, ni deleitarme muchísimo con las poesías regionales, si son bonitas, ni reconocer gustosa el parentesco de consanguinidad que existe entre Galicia y Portugal. Me obliga á estas indicaciones la mención honorífica que hace de mi persona el erudito portugués en el prólogo ya citado, y la importancia que atribuye á la Sociedad del Folk-lore gallego (que tuve la honra de fundar,) considerándola base del renacimiento de esta tierra. Eso quisiéramos todos cuantos nos hallamos al frente del Folk-lore, y á eso aspiramos, en la medida que nos lo permiten nuestras escasas fuerzas y la marcada indiferencia del público, siempre distraído cuando se trata de este género tan espiritual de intereses; pero lo del *renacimento* ¿lo entenderemos de la misma manera la fundadora y la Junta directiva del Folk-lore, y mi disolvente y sapientísimo amigo Braga? Apostaría que no.

Lo cual no se opone á que el Folk-lore se haya considerado muy favorecido viendo agregada al *Cancionero popular* (que miramos todos como cosa propia, por ser el colector uno de nuestros compañeros, é individuo de la Junta) la docta prosa de Teófilo Braga. Conozco á este eminente lusitano desde 1880, época en que dirigía yo la efímera *Revista de Galicia.* Más tarde, así en su trato como en algunos libros suyos, y en particular el titulado *Questões de litteratura e arte portugueza,* tuve ocasión de advertir lo versado que está en el conocimiento de los orígenes literarios galaicos, tanto populares como eruditos, de lo cual es brillante señal el estudio titulado *Fontes poéticas gallegas.* Hube de indicárselo á los señores de la Junta cuando se constituyó nuestro Folk-lore, y al punto rendimos á Braga el único tributo de simpatía que por entonces nos era dado ofrecerle: un nombramiento de socio honorario. Todo esto, viene á cuento de inculcar bien que, aparte de dos ó tres puntos trascendentalísimos en que andamos perfectamente desacordes, Teófilo Braga me parece un maestro digno de ser consultado por los que cultivan las letras regionales, para saber de dónde venimos y cuál es la procedencia de esos cantos que el pueblo repite sin cuidarse de cómo nacieron.

Asimismo estoy del todo conforme con el

pensamiento que apunta Braga en el *Prólogo* del *Cancionero popular:* que deberían entresacarse de los viejos Cancioneros lusitanos las composiciones evidentemente galaicas, y formar con ellas el *Cancionero tradicional gallego* de los siglos de esplendor de la lírica. En muchas de esas colecciones donde á primera vista sólo parece que se contienen rimas de poetas eruditos, de trovadores, clérigos y príncipes, la mirada sagaz del investigador discierne á veces la canción de origen popular, apenas modificada por el poeta culto; la canción que, enterrada y olvidada allí, vive y alienta hoy, con levísimas variantes, en boca del labriego. Este *Cancionero* antiguo haría muy buen juego con el moderno que Ballesteros nos ofrece; entre los dos podrían encontrarse analogías sorprendentes y luminosas; en fin, sería obra digna de que en ella emplease su diligencia algún individuo de la Sociedad del saber popular.

Volviendo al monumento ya levantado, repito que lo más interesante en él, es la claridad con que revela y destaca la fisonomía moral del pueblo gallego. He oído á algunas personas censurar agriamente que en este *Cancionero* figuren coplas un tanto indecorosas: yo, puesta á criticar, diría que no debieron suprimirse otras más subidas de color ó peor olientes, pero gráficas y expresivas, que correspondían á una de las cuer-

das predilectas de la lira popular. Estas cuerdas son tres: humorismo, buen sentido, y melancolía, ó mejor dicho, *saudade*. El humorismo, bajo distintas formas: hipérbole jocosa, obscenidad patente ó solapada, fanfarronería, irónica burla, es la nota más frecuente, hasta el extremo de que todo el *Cancionero popular* parezca rimado por una especie de *Heine* labriego, que se mofa sin tregua, con las lágrimas cuajadas en el fondo de los lagrimales, de sus propias cuitas, sentimientos, miserias y dolores. Por eso he dicho que en esta obra impersonal existe unidad superior á la de ningún libro escrito por una sola mano y elaborado por una sola mente.

Gran chasco se llevaría quien intentase juzgar esta lírica anónima y sencilla con arreglo á los cánones de la belleza literaria reconocida y aceptada oficialmente. Alguien dijo del *Cancionero* que la inmensa mayoría de las coplas coleccionadas en él no valen gran cosa. Cierto, si las gustamos con el paladar todavía saturado de néctares becquerianos ó de los agridulces y deliciosos bombones que sirve Campoamor. Pero entiéndase bien en qué consiste el valor de un *Cancionero* recogido en ferias y *desfollas*, de labios de mozos, jornaleras ó marineros; un *Cancionero* donde la copla tradicional conservada y transmitida de boca á boca por innumerables generaciones, se codea con la acabada de im-

provisar por la cantadora que repica el *pandeiro* en la fiesta del patrón, ó corre la *regueifa;* ó lo que es peor, con la estrofa que ayer entonaban los pilluelos coruñeses para solemnizar algún acontecimiento recientísimo—por ejemplo, la inauguración de la vía férrea—y calcúlese cuántas de esas coplillas destinadas á morir ó á perderse en plazo fatal si no lo evitase la diligencia del colector, han de ser por necesidad flojas, insulsas y hasta faltas de sentido en apariencia. Homero tenía la mala costumbre de echar un sueñecillo de cuando en cuando: ¿por qué le ha de estar vedado el mismo desahogo al pueblo, ese poeta tan grandioso en la epopeya, tan sentido en la poesía lírica, tan inimitable á veces?

Quisiera yo ver á los que hacen ascos á las coplas populares en el compromiso de escribir una docena de *cantares* sencillos, pero donde rebosase el sentimiento. Comprenderían entonces cuanto más fácil es rimar hinchadas silvas y empalagosas décimas, que imitar la rapidez, la concisión, la energía, la espontaneidad de la copla popular, su belleza característica y propia, cuando la posee, que es harto á menudo.

Esa gracia maliciosa, picaresca, tan ingenua que tiene algo de sagrado y conmueve como la frase articulada por el niño; esa libertad de lenguaje que á fuerza de ser franca no lastima

nunca nuestro gusto, por refinado y exigente que nos lo haya dado Dios; esa inconsutilidad del pensamiento que brota de una vez, como impetuoso chorro de agua viva, y parece remontarse hasta tocar al cielo ó descender á herir las más delicadas fibras del corazón, sin estudio, sin cálculo, con sublimidad y ternura no aprendidas, son cualidades (vaya con paz de los rimadores de oficio) comunes al pueblo y á los verdaderos poetas, pero que quizás posee aquél en grado más eminente todavía. La copla popular que es buena, es un diamante, no en bruto, sino con todas sus facetas y luces. No creo que el más inspirado vate pueda encerrar en límites tan estrechos, concentrar en tan breves gotas la esencia de la poesía, como sabe hacerlo el pueblo en algunas ocasiones. ¿Qué tacha poner, verbigracia, á estos cantares amorosos:

A luna vai encuberta,
á min pouco se me dá;
a luna qu'á min m'alumbra
dentro d'o meu peito está.

—

Cinco sentidos che temos
todol-os necesitamos
todol-os cinco perdemos
en canto nos namoramos.

—

Eu non sei o que me deches
que non te podo olvidar;
de día n'o pensamento
e de noite n'o soñar.

Esta noite me levaron
á parolar c'unha nena;
meu corazón vai chorando
por ser a noite pequena.

—

Dame d'a pera que comes,
d'a mazán un anaquiño,
de tua boquiña unha fala,
d'o corazón un cariño.

—

O meu corazón che mando
c'unha chave para o abrir;
nin eu teño máis que darche
nin ti máis que me pedir.

—

Ti d'un lado y eu d'o outro
témol-o río n'o medio;
¡pásame n'o corazón
qu'eu te levarei n'o peito!

De requiebros y ternezas amorosas se podría escoger un ramillete que no tuviese nada que envidiar al recogido en provincias más fértiles en flores galantes, según fama común: Andalucía, por ejemplo. El Sr. Machado y Álvarez, que al final del primer tomo del *Cancionero popular gallego* ha estudiado algunas concordancias entre los cantares gallegos y los meridionales, opina que si á veces una copla popular amorosa gallega puede ser mera traducción de otra castellana, también podría darse el caso contrario, teniendo todo ello fácil explicación por la costumbre de los gallegos de emigrar á Cádiz y otros puntos de la costa andaluza en busca de trabajo. Y creo que aun entre el género de coplas en que son más frecuentes tales coincidencias, á saber,

en las de asunto amoroso, se distinguen bien las de origen genuinamente gallego, porque exhalan el olor de la tierra, tienen una ternura más insinuante, más femenil: en las andaluzas, que probablemente habrán sido compuestas por varones, domina más la fantasía, y hay un reflejo de galantería árabe: abunda el piropo, la comparación lisonjera, el rendimiento caballeresco: en las gallegas, de las cuales buena parte debe de ser obra de hembras, de poetisas que cargan el carro de tojo y *sachan* el maíz, prepondera la queja, el arrullo blando, la nota íntima y sincera, salida del corazón: á veces también asoma el instinto material, la brutalidad del amor labriego. ¿Quién puede dudar de la procedencia de ésta—no contada entre las amorosas, pero que debería estarlo, en mi entender?

A perdís por antr'os toxos
de todas las herbas come;
o cariño d'unha moza
mantén tres días á un home.

Indicio evidente para conocer las que sin vacilación pueden incluirse en un *Cancionero popular gallego*—cuando llegue la ocasión y estén la crítica folk-lórica y la demografía suficientemente adelantadas para deslindar bien los campos y dar á cada provincia lo que de derecho le corresponda—ha de ser, y esta idea la apunta con acierto Machado, el sentimiento de la naturaleza y las comparaciones y frases que dicta y

que forzosamente se han de diferenciar muchísimo de las de otras regiones españolas. He aquí un ejemplo de copla amorosa, cuyo carácter regional salta á los ojos:

Delgadiña d'a cintura
com'a palla d'o centeo;
chégate á min, delgadiña,
que non teño outro remedio.

Aquí, además de la comparación típica con la paja del centeno, se advierte uno de los recursos más frecuentes y más felices del dialecto gallego: la cariñosa repetición del adjetivo sustantivado, la invocación amante que tan oportunamente usó Rosalía Castro en una de sus más bellas poesías:

Meiguiño meiguiño meigo,
meigo que me namorache.....

Estas caídas predilectas del lenguaje popular pueden servir de guía para no tomar por castellana una copla de origen gallego; también enseñan mucho las formas métricas, pues las coplas en terceto, verbigracia, llevan la marca indeleble de nuestra región. Pero en muchas coplas basta para rastrear el origen algo más sutil, algo psíquico, que sólo puede pertenecer á Galicia: el lirismo peculiar de este suelo, que va envuelto con la burla, con la chuscada seria y profunda propia del Norte. Mientras en las coplas populares de otros países el que canta se alaba ó se compadece á sí propio, en las gallegas, al menos

en buena parte de ellas, el autor se satiriza con la más implacable jocosidad.

Funm' á casar â montaña
qu'è terra d'os maragatos;
déronm'unha muller vella,
toda roída d'os ratos.

Estas viejas, que contraen nupcias en estado tal de deterioro, son de los personajes cómicos favoritos de la imaginación popular gallega. En todos los países la mujer vieja, infeliz despojo de la humanidad, ha sido más ó menos maltratada y aborrecida del populacho y de la gente rústica, y Gustavo Becquer refiere, con dramática fuerza y colorido fascinador, la muerte de la bruja acuchillada y despeñada por los salvajes mozos aldeanos. En Galicia no parece sino que el pueblo quiso vengarse del supersticioso miedo que le inspiran el mal de ojo, los *meigallos* y otras picardías atribuídas á las viejas, dibujando con donaire singular la caricatura de la estantigua que casi con un siglo á cuestas ansía probar las amorosas emociones. Tan pronto está la vieja roída por las ratas, como se deshace, de puro apolillada, en el tálamo nupcial; ya aparece su grotesca silueta en actitud de levantar las manos al cielo porque le tratan las bodas; ya la vemos llorando un año entero porque el *pote* le echó fuera las *papas* que hacía, ó poniendo en una criba las mismas papas y la criba sobre la cabeza, ya dejando caer en el pote

un ratón en vez de un pescado; ya soltando, de tan vieja, el pellejo, del cual su marido se propone hacer un pandero con que correr el *antroido*, las fiestas carnavalescas, sin duda para olvidar, divirtiéndose con las muchachas, la sujeción que le imponía el vejestorio; ya otra copla nos dice que en una casa están de sobra la vieja y el candil, porque la vieja no hace sino gruñir y el candil consumir grasa; ya la imaginación popular va todavía más lejos, y el galán de la famosa vieja nos refiere detalles que casi nos producen el mismo efecto que á él:

Aquela vella—co-a que eu durmo
nin tén tripas—nin tén bandullo
nin tén faldra—n'a camisa:
¡ai! non me podo—tèr co-a risa.

Pero la escena más cómica de cuantas conceden papel de protagonista á la vieja inevitable, es la que cuenta detenidamente otra *muiñeira*, de un buen humor y una animación bufonesca irresistible: la que empieza

Ela quèr que lle faga uns zapatos.....

y que es imposible citar por sus dimensiones. Yo no sé si me equivoco al considerar que en esta especie de epopeya burlesca de la *vieja*, de la cual son fragmentos dispersos las coplas y *muiñeiras* indicadas, con otras muchas más que verá quien tenga el buen gusto de leer despacio y con interés el *Cancionero popular gallego*, es